

La trama del mundo

Un año y medio con Proust

[José Manuel Benítez Ariza]

He impreso los dieciséis folios que ocupa la *liste de personnages* que la Wikipédia francesa (¿no tendría que ser *Wikipédie*?) incluye en la entrada correspondiente a *À la recherche du temps perdu*. Más que nada, porque me ha divertido la curiosa advertencia que el redactor anónimo de estas páginas dirige al lector «que no haya tomado notas» en las primeras fases de su lectura. Y porque, por el mero hecho de tener a mano esta especie de guía, me siento como en los lejanos tiempos en que, para no perderme en la lectura de *Cien años de soledad*, iba haciendo el árbol genealógico de los personajes. Árbol que, por cierto, todavía conservo, y que le ha sido muy útil a mi hija en su reciente lectura de este libro.

«Tenía en el alma esa falta de agilidad que algunas personas tienen en el cuerpo» (Proust, a propósito de *Swann enamorado*).

Esta nueva traducción de *En busca del tiempo perdido*, a cargo de Carlos Manzano es mejor que la casi agramatical versión que firmó Pedro Salinas, y de cuyos múltiples errores no me atrevo a acusarlo, porque, como es evidente por otros escritos suyos, era dueño de una prosa correcta y ágil. Pero echa uno de menos algunas ocurrencias de esa traducción: por ejemplo, la de llamar «cogollito» a lo que en esta otra llaman el «pequeño clan» de los Verdurin.

Han florecido los majoletos (o majuelos, como dice este traductor; o el espino albar, como dice el Romancero). Son lo más parecido que nuestro paisaje tiene al cerezo japonés; excluyendo, en fin, a los propios cerezos indígenas, que aquí no tienen ni la simbología ni la importan-

cia iconográfica de sus hermanos del Extremo Oriente. Claro que tampoco los de allá tienen la sugestión narcotizante que emana de nuestro humilde majoleto en flor, y que contribuye no poco a que los parajes en los que florece adquieran, para los sentidos de quienes los recorren, una cierta condición de lugares previamente visitados en sueños.



En mi juventud, esta especie de febrícula vespertina y primaveral, no del todo desagradable, pero sí un tanto pesada de soportar durante las semanas que suele durarme, se me curaba con media docena de dolorosísimas inyecciones de penicilina. Luego descubrí que se curaba igual sin recurrir a tan drástico remedio: bastaba esperar a que pasara. Y este año, en el que el consabido arrechucho me coincide con un periodo vacacional centrado en la lectura de Proust, casi no me me-

rece ya el crédito del que gozó antaño: me parece, más bien, una simple adaptación del ánimo a la condición enfermiza del protagonista de *En busca del tiempo perdido*.

Lo que más impresiona de *En busca del tiempo perdido* es la arquitectura, tanto del conjunto como de cada una de las partes, así como la poderosa mente que la gobierna... Acabo de terminar la primera mitad de *La parte de Guermantes*, el tomo doble que constituye la tercera entrega de la serie. Constituye esta mitad, como ocurría con *Un amor de Swann* en la primera entrega, una novela autónoma por derecho propio. Asombra, ya digo, el perfecto control que el autor parece tener sobre un material tan fluido y heterogéneo, y cómo ese control le permite unos atrevimientos y libertades que ya quisieran para sí muchos autores de intenciones más declaradamente rupturistas.

Empieza esta primera parte con algo que, de entrada, podría desanimar al lector que ya le haya tomado el pulso a Proust en los dos tomos anteriores: una larga disquisición, en clave paródica, sobre lo que significa para el autor/narrador el aristocrático nombre de Guermantes... El narrador acaba de mudarse a un piso perteneciente al palacete parisino en el que reside la duquesa de ese nombre, y toda la novelaría que es capaz de desplegar en torno a ese hecho desemboca en una especie de enamoramiento juvenil que resulta más bien enojoso para la destinataria del mismo, la propia duquesa. Consciente de ello, el narrador pone tierra por medio y pasa unos días en la ciudad de provincias en la que está destinado su amigo Saint-Loup, militar y Guermantes también él.

Este episodio sirve de transición a lo que constituye el verdadero núcleo de la novela: la narración, que ocupa unas doscientas páginas, de una jornada en la vida del narrador, ya de vuelta a París. Por la mañana acompaña a Saint-Loup a las afueras, en donde este va a reunirse con su amante, y luego almuerzan los tres en un restaurante, donde el narrador presencia una lamentable disputa de la pareja. El amigo lo emplaza a reunirse más tarde con él en casa de la marquesa de Villeparisis, una Guermantes venida a menos. Y lo que sigue, que ocupa un centenar largo de páginas, es la fascinante narración de cuanto sucede en ese salón, sostenida con el pulso con el que Coppola arma las largas secuencias de fiestas de las dos primeras partes de *El padrino*, y en la que, como en estas, el autor se las arregla para retratar con unas pocas pinceladas a cada personaje, trazar la malla de relaciones que unen a unos con otros y definir el clima social y político de la época, marcado por las repercusiones del *affaire Dreyfus*.

Por si este ejercicio de virtuosismo no fuera suficiente, el autor todavía nos reserva, a modo de contrapunto, un sorprendente encuentro entre el narrador protagonista, retratado como un adolescente con aspiraciones literarias, y el recurrente barón de Charlus, que, como hizo con Dante el Brunetto Latini de *La Divina Comedia*, lo alecciona y se le ofrece como guía en las procelosas aguas del ascenso social y literario, en medio de un fantasmal París nocturno en el que pasan de largo los coches de punto, conducidos por cocheros borrachos... La novela termina con un breve episodio familiar, en el que se da cuenta de la enfermedad de la abuela del protagonista.

Anoto estas observaciones a modo de recordatorio, como hacía antaño en mis cuadernos juveniles de lectura. No quiero perder puntada. Hay algo abrumador en la constatación del modo por el que una inteligencia como la de Proust gobierna un universo tan abigarrado, tan rico en detalles y, a la vez, tan claramente subordinado a unas líneas maestras, no por difuminadas menos evidentes. Pasearse por ese mundo, cien años después de que el autor lo pusiera en pie, no deja de ser un privilegio.

No me resisto a copiar estas líneas de *La parte de Guermantes*: «Los necios se imaginan que las grandes dimensiones de los fenómenos sociales son una ocasión excelente para profundizar más en el alma humana; deberían comprender, al contrario, que bajando a las profundidades de una individualidad es como tendrían la oportunidad de comprender dichos fenómenos».

Cómo me alegro de que Proust esté en la buena tradición, y no en la otra (tan vigente, ay, en ámbitos como la pedagogía o la política modernas).

Reconozco que las primeras cien páginas de *La prisionera*, la quinta entrega de *En busca del tiempo perdido*, han puesto a prueba mi paciencia: constituyen un prolijo tratado sobre los celos, sin apenas materia narrativa propiamente dicha, y en el que no faltan ninguno de los trucos que pueden sacarse a colación para alargar un texto cuando no hay de qué.

Sin embargo, quizá la maestría de Proust consista en ponernos a prueba de este modo, para, acto seguido, seducirnos con otras cien páginas llenas de vida, en las que no parece haber palabra que no responda a una observación acertadísima. De este tenor son las que dan cuenta de la enésima velada en casa de los Verdurin, en la que estos presentan en sociedad a cierto violinista del que anda encaprichado el barón de Charlus, y con el que los anfitriones pretenden enemistarlo... Sin embargo, este delicioso *tranche de vie* da paso a otro que parece dictado, de nuevo, por un pavoroso y momentáneo agotamiento de los recursos narrativos del autor: la prolija crónica de una audición musical, en la que el narrador da cuenta del estreno de una pie-



za de Vinteuil, el músico prototípico de *À la recherche...* Para que esa pieza fuera rescatada del olvido, nos dice, ha hecho falta la confluencia de todo un conjunto de comportamientos condenados por la sociedad: la pasión del barón por el violinista, que le ha llevado a patrocinar esta velada en casa ajena, y la de la señorita Vinteuil, hija del músico, por una innominada amiga, que, merced a su proximidad *non sancta* a esta familia, ha rescatado y transcrito el borrador. Datos que sitúan al autor en el disparadero para remontar de nuevo el vuelo y embarcarse en uno de los fragmentos más brillantes y malévolos de su magna obra...

En fin. No salgo de mi asombro. Y es que esto de examinar mis reacciones de lector no es, en absoluto, el menor de los placeres derivados de esta lectura.

Ahora entiendo un poco mejor eso de la «prosa asmática» de Proust. Tengo una referencia nueva al respecto: mis propios esfuerzos por aprender a sincronizar la respiración al ritmo de la natación, en mis sesiones de piscina. Empiezo a leer, aprovechando que estoy recuperándome de una afonía, *Albertine desaparecida*, el sexto tomo de *En busca del tiempo perdido*. Y hay frases en las que me pasa justo lo que experimento cuando, entre brazada y brazada, omito alguna toma de aire y tardo unas pocas brazadas más en volver a acompasar la respiración al ritmo de la marcha. La misma angustia, sí, pero también la misma certeza de que el restablecimiento —y, en este caso, la recuperación del sentido de lo leído— es solo cuestión de tiempo.

Empecé —consulto la libreta donde anoto estas cosas— la lectura de *En busca del tiempo perdido* en marzo de 2009, y hace solo tres días —hoy, catorce de septiembre de 2010— que terminé *El tiempo recobrado*, el séptimo y último tomo: un año y medio, aproximadamente, en el que naturalmente muchas otras lecturas se han intercalado con la de Proust, pero en cuyo transcurso puede decirse que esta ha marcado la pauta, ha impuesto su tono, e incluso ha contagiado al lector no pocos de sus tics, de sus manías asociativas, de su característico pulso demora-

do, e incluso de su especial manera de considerar la materia narrativa como una especie de nebulosa interiorizada, en la que los hechos se esponjan y ahuecan como un polipero para acoger otros hechos, al mismo tiempo que los tentáculos y ramificaciones de unos y otros van mezclándose y enredándose hasta el infinito.

Ha valido la pena. Y no porque la «prosa de asmático» de Proust, sus inabarcables periodos, absolutamente reñidos con cualquier prosodia mínimamente reminiscente del lenguaje oral, no me hayan causado alguna perplejidad. De haber sido yo el traductor, no sé si habría resistido la tentación de sembrar el texto con algunos estratégicos puntos y coma, para pautar la lectura y hacerla compatible con el resuello de un ser humano. No critico a Carlos Manzano, en todo caso, que creo que ha salido bastante airoso del asunto. Pero

el mayor atractivo de estas novelas no es, en modo alguno, el estilístico. Tampoco del argumento podría decirse mucho: el propio narrador, con su apocamiento, su indisimulado esnobismo y sus amores neuróticos, no es, en absoluto, de los que suscitan en los lectores una adhesión incondicional.

Lo que admira de estas dos mil y pico de apretadas páginas es, más bien, la consistencia de la trama, los centenares de relaciones cruzadas, lo apretado del tejido; y cómo el funcionamiento de la memoria se asemeja a este y condiciona nues-

tra percepción del mismo, de modo que las ramificaciones de las complicadas relaciones sociales acaban coincidiendo con los vericuetos del recuerdo, y los atajos por los que a veces opera este último se corresponden exactamente con los que el azar, la iniciativa personal o las circunstancias imponen a veces al trato social, y hacen que un arribista se convierta en un reputado hombre de mundo, o un encumbrado aristócrata caiga en la inconsecuencia y el descrédito.

Eso es lo que Proust parece empeñado en enseñarnos: la falta de solución de continuidad entre nuestro pensamiento y la trama del mundo. Asistimos, casi siempre divertidos o encantados (y también, a ratos, agotados por la morosidad del narrador), a la exhaustiva descripción de una burbuja; y advertimos, conforme avanza el relato, que esa burbuja no es sino la propia mente del autor; y que la materia de la que están hechos sus fantasmas no es sino el tiempo, que equivale al fluir del pensamiento, a sus sal-



tos y demoras, a la inconsistencia que hace que en este último tomo, por ejemplo, la Primera Guerra Mundial esté cerca y lejos al mismo tiempo, o que, también en esta entrega, la descripción del breve paseo que lleva al protagonista al nuevo palacio de la princesa de Guermantes —título que ahora corresponde, no a la aristócrata de sangre a quien designaba en las primeras entregas de la serie, sino a la desclasada señora Verdurin— abarque la mayor parte del volumen y requiera varias sesiones de lectura para elucidar lo que, en tiempo real, habría durado apenas unos minutos.

Podría uno arriesgarse a contar el final, a sabiendas de que no le estropea a nadie el disfrute de la trama: el narrador, al llegar al palacio de la nueva princesa Guermantes, experimenta un leve traspás al pisar unas losas desniveladas, y esta sensación lo traslada momentáneamente al recuerdo que tenía de una experiencia similar en Venecia. La sensación, al mismo tiempo, le permite reconocer la naturaleza de la que experimentó en el famoso episodio de la magdalena, en el primer tomo, cuando la percepción del olor del té al emparar el bizcocho inició en él el hilo de recuerdos que le permitió enlazar su infancia con la juventud de Swann, el gran personaje de esta primera parte del ciclo.

A partir de este paso en falso, se suceden las revelaciones de esta clase, probablemente no ajenas a la hipersensibilidad enfermiza que ha desarrollado el protagonista, al que vemos ya convertido en un hombre envejecido. Y de esa constatación nace en él el deseo de explorar literariamente esos atajos de la memoria, en lo que el autor considera que es el único modo posible de recuperar, mediante la escritura, el «tiempo perdido». Es decir: tras algo más de dos mil páginas escritas, el autor-narrador, al que hasta ahora habíamos visto rendirse cada vez que se suscitaba en él el propósito de dedicarse a la literatura, encuentra ahora la motivación que le faltaba para consagrarse definitivamente a esta; lo que nos lleva a nosotros, retrospectivamente, a constatar que lo que acabamos de leer —lo que nos ha tenido ocupados, en fin, durante año y medio— es el fruto de esa decisión que tantas páginas escritas ha necesitado para ser explicada.

Mi hija, al verme cerrar el volumen, me pregunta: «¿Ya has terminado la historia esa de la magdalena? ¿Cómo acaba?». Le cuento lo precedente. Y ella, creo que no sin formularse alguna reserva interior a favor de una reconsideración futura, se encoge de hombros y pone la misma cara que cuando le digo, por oírla, que me quiero dejar el pelo largo o comprarme una de esas camisetas chillonas que usan los de su edad. ■ ■

Paréntesis

Colección **Umbral** Descubriendo nuevos valores



La Guerra Civil española en ocho relatos memorables



La biografía novelada de Carmen Martín Gaité



Por fin, las esperadas memorias del poeta



La mirada de un muchacho de un barrio obrero en la posguerra



Dieciséis cuentos de una figura ya ineludible del género



Deliciosa aventura sevillana del célebre comisario Maigret

www.ParentesisEditorial.com

PARÉNTESIS EDITORIAL - Corporación MAD
 Teléfono 902 452 900 - 955 63 59 00 - Fax 955 630 713 - info@parentesiseditorial.com